

El Café: Debate y Libertad

por *Sebastián Salazar Bondy*

Es a fines del siglo XVIII —y el "Mercurio Peruano" de la época consigna jubilosamente el acontecimiento— que se establece en Lima el primer Café. Ahí, en torno a la humeante taza de la aromática bebida, rondan las ideas liberales que comenzaban entonces a ocupar la mente y el corazón de los intelectuales criollos. Entre nosotros, esta institución social, que Unamuno decía que en su patria constituía la única universidad popular, surge con la rebeldía y con el espíritu independentista. De aquel tiempo a éste ha corrido mucha agua por debajo de los puentes y puede decirse que el Café ha sufrido las peripecias de nuestra historia como un sensible termómetro de los sucesos visibles y definitivos que la han constituido. No quiere —ni puede, es verdad— hacer el cronista en estas páginas una pormenorizada memoria de la institución, pero cree ser capaz de aludir a su situación actual y, tal vez, a su porvenir.

No faltará, por supuesto, quien considere que hacer del Café un tema de cierta trascendencia es derrochar palabras en algo insignificante. Sin embargo, resulta evidente que en la vida de relación, tan en crisis en nuestros días, todo factor de comunicación, todo elemento que suscite y estimule la sociabilidad, es importante. En las ciudades en las cuales la existencia es cada vez más multitudinaria y, paradójicamente, más egoísta y soledosa, el Café tiende a desaparecer para ser reemplazado por el tipo de establecimiento denominado "bar americano", cuyas instalaciones —asientos paralelos al mostrador, por ejemplo—, impiden toda comunicación frontal y directa entre los parroquianos y los obligan a realizar el acto de consumo en forma urgente y veloz. La conversación, el intercambio de ideas, que es a la postre intercambio de afectos, ahí desaparece.

Claro que si convertimos el Café en nuestra única ocupación, en él terminaremos por quemar perezosamente demasiado tiempo e ingenio. En cambio, si lo consideramos el centro de la cotidiana cita amistosa, en donde charlamos y debatimos nuestras diferencias, constituirá una entidad social indispensable. No es por mero azar que en las ciudades donde hay ebullición política, movimiento teatral, periodismo vivo, fiebre de comercio, existencia activa en una palabra, se produce el auge automático del Café. Ahí donde se da la inquietud, donde se plantean interrogantes y se provocan, por eso, opiniones encontradas, que tienden a resolverse y equipararse mediante la discrepancia, brota este órgano de contacto humano y prospera acorde con la intensidad de la inteligencia y las emociones individuales y colectivas. Si se está habituado a poner regularmente en tela de juicio la realidad, si se aprecia práctica de ejercer sanamente el ánimo crítico, se

busca a los demás, amigos o adversarios, para conocer sus puntos de vista y cotejarlos con los propios. Por eso, el Café —que pensamos como el ruidoso lugar donde se habla en voz alta y se gesticula enérgicamente— necesita de la libertad. No en vano, como anotamos arriba, el Café nace en Lima al conjuro del pensamiento republicano.

La excitante bebida que le da nombre, estimulante y gustosa, explica en cierto modo el carácter democrático de esta institución. Indole que es fácil comprobar si se verifica cómo en los momentos de depresión política, en los periodos en que, por imperio dictatorial y temor a las represalias, las gentes rehuyen la expresión franca de sus ideales y principios, el Café declina y se convierte en un servicio anodino, a donde se acude fortuitamente para adquirir ciertos alimentos. Decrece en los momentos en que la vigilancia autoritaria intenta ver, hasta en el fondo de la conciencia de cada ciudadano, actitudes subversivas, tal como decrece en tales épocas todo signo de confianza mutua. ¿No es aleccionador que entre nosotros, el Café haya ido desapareciendo para dar paso a los establecimientos donde la reunión prolongada y vocinglera es imposible, o a aquellos otros en los cuales, a media luz, es prácticamente obligatoria la demanda de alcohol, droga adormecedora, tóxica, insensibilizante, a cuyo influjo el alma y el cuerpo se hacen indolentes y abúlicos?

Al peruano es necesario adiestrarlo en el uso de uno de los atributos más espirituales del hombre: la conversación. Cada día es más difícil toparse con gentes con las cuales, aun de acuerdo, sea factible llevar a cabo una intercomunicación ilustrativa. El público de los cines, pongamos por caso, abandona las salas de proyección y se encamina de prisa con dirección a su casa, ocultando su opinión o apartándola, mediante el silencio, de toda discusión, ello inclusive cuando la cinta afecta principios que tiene por incommovibles. Esto es un síntoma de que no hemos aprendido todavía a verter nuestras ideas, exponiéndolas con claridad, defendiéndolas con orgullo o modificiéndolas con humildad. Conversar de un tema candante —política, deporte, historia, etc. — es aquí pelear, y eso es absurdo. Aunque parezca peregrino, al aprendizaje del arte de charlar está vinculada la vigencia del Café, especialmente en la modalidad que los españoles llaman "peña", quizá porque en esta denominación se alude metafóricamente a la condición invariable de la piedra ante la móvil y potente tempestad del mar que la golpea. Valga la imagen para acordarle al lugar de reunión que aquí el cronista alaba un puesto singular y señero en la marea de los hechos y los tiempos que se avecinan.